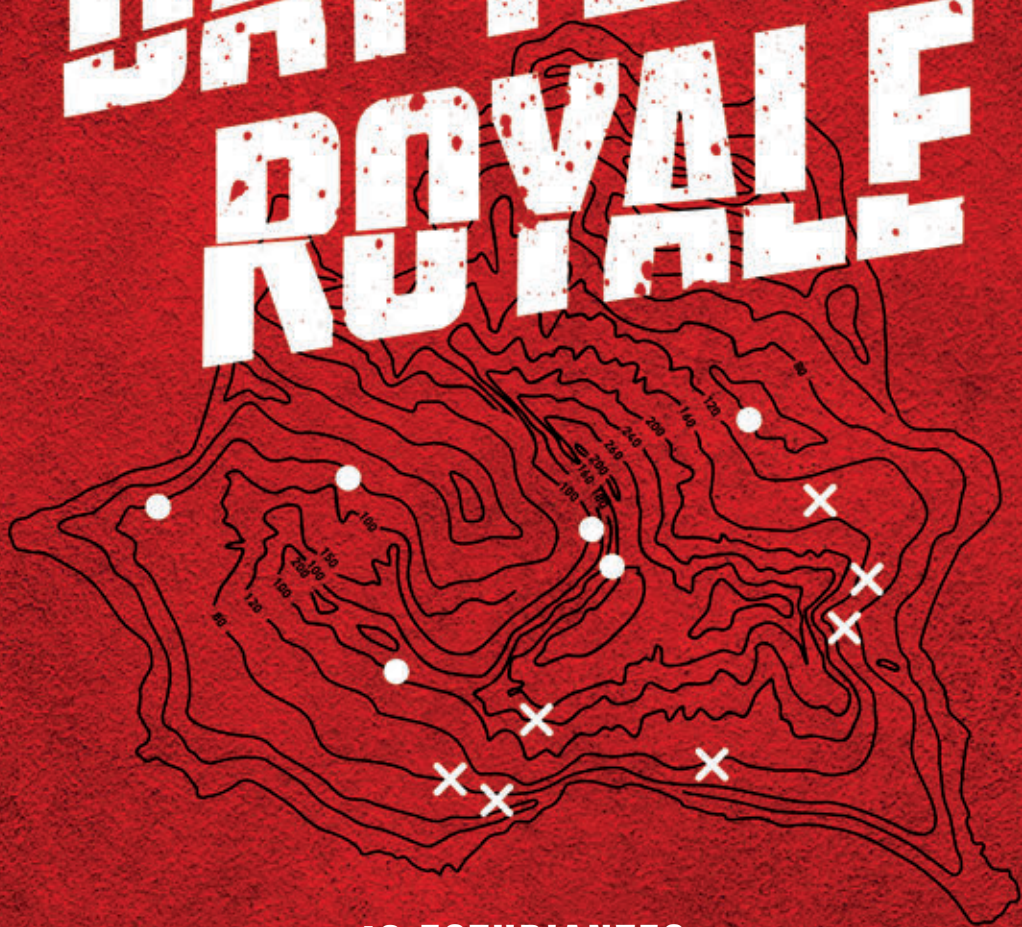


**KOUSHUN
TAKAMI**

BATTLE ROYALE KUNIALE



**42 ESTUDIANTES
SOLO 1 PUEDE SOBREVIVIR**

minotauro

KOUSHUN TAKAMI

Battle Royale

minotauro

Título original:

Battle Royale

© Koushun Takami, 1999. Todos los derechos reservados
Publicado por primera vez en Japón por Ota Shuppan en 1999
Los derechos de traducción al español han sido gestionados por acuerdo
con Koushun Takami a través de VIZ Media, LLC. U.S.A

© Traducción de José C. Vales, 2013

Primera edición publicada por el sello Booket, 2013

De la presente edición © Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0593-4
Depósito legal: B. 21.065-2018
Fotocomposición: dactilos

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

EMPIEZA EL JUEGO

QUEDAN 42 ESTUDIANTES

0

Cuando el autobús entró en la capital de la prefectura, Takamatsu, los barrios ajardinados se transformaron en calles urbanas repletas de neones multicolor, faros de coches a toda velocidad y luces cuadrículadas en los edificios de oficinas. Un grupo de hombres y mujeres bien vestidos estaban hablando enfrente de un restaurante, en la acera, mientras esperaban un taxi. Unos jóvenes desgarbados holgazaneaban y fumaban en el aparcamiento vacío de una tienda abierta las 24 horas. Un obrero en bicicleta esperaba a que cambiara el semáforo para cruzar. Hacía bastante frío para ser una noche de mayo, y el hombre llevaba puesta una chaqueta raída. Junto con las otras escenas, el obrero desapareció tras la ventana del autobús, engullido por el ronco murmullo del motor. La pantalla digital del autobús, sobre la cabeza del conductor, señalaba las 8:57.

Shuya Nanahara (el estudiante número 15, de tercero B, del instituto Shiroiwa, de la ciudad de Shiroiwa, en la prefectura de Kagawa) había estado mirando por la ventana, inclinado por encima de Yoshitoki Kuninobu (el estudiante número 7), que tenía el asiento de la ventana. Cuando Yoshitoki empezó a rebuscar en su bolsa, Shuya se miró el pie derecho, que sobresalía en el pasillo, y estiró los dedos de los pies dentro de sus zapatillas Keds. Antes las Keds no eran difíciles de encontrar, pero ahora eran extraordinariamente raras. La loneta de la zapatilla derecha de Shuya estaba rajada en el talón, y la tela se estaba deshilachando y adquiriendo el aspecto de los bigotes de un gato. La empresa que fabricaba las zapatillas era americana, pero el calzado en realidad se fabricaba en Colombia. Era 1997, y la República

del Gran Oriente Asiático apenas sufría escasez de bienes. De hecho, la región contaba con todo tipo de productos, pero últimamente los bienes de importación tardaban en llegar. Bueno, era de esperar en un país con una política oficial de aislacionismo. Además, Estados Unidos —tanto los miembros del Gobierno como los libros de texto se referían a ese país como «los americanos imperialistas»— era un enemigo del Estado.

Desde la parte trasera del autobús, Shuya observó a sus cuarenta y un compañeros de clase, iluminados por las turbias luces fluorescentes fijadas en los deslucidos paneles del techo. Todos ellos habían estado en la misma clase los dos últimos años. Todavía estaban nerviosos y parloteaban, porque apenas había transcurrido una hora desde que salieron de la ciudad donde vivían, Shiroiwa. Pasar la primera noche de un viaje de estudios en un autobús parecía un poco cutre... Peor todavía: parecía como si fueran a una de aquellas marchas militares forzosas. Pero todo el mundo se tranquilizaría en cuanto cruzaran el puente Seto, cogieran la autopista Sanyo y se encaminaran hacia su destino: la isla de Kyushu.

En la parte delantera del autobús, sentadas alrededor del profesor, el señor Hayashida, había un grupo de chicas gritonas: Yukie Utsumi (la estudiante número 2), la delegada de la clase, con sus coletas, estaba muy guapa; a su lado estaba Haruka Tanizawa (la estudiante número 12), la altísima compañera de Yukie en el equipo de voleibol. Izumi Kanai (la estudiante número 5) era una pijita cuyo padre era concejal en un ayuntamiento. Satomi Noda (la estudiante número 17) tenía fama de ser una estudiante modélica; llevaba gafas con moldura metálica que cuadraban perfectamente con su rostro sosegado e inteligente. Luego estaba Chisato Matsui (la estudiante número 19), que siempre estaba callada y apartada. Esas eran las chicas que manejaban el cotarro. Se las podría llamar «las Neutrales». Las chicas tendían a formar camarillas, pero en la clase de tercero B del instituto Shiroiwa no destacaba ningún grupo en particular, así que hacer un listado de ellos tampoco parece pertinente. Si había algún grupo, era la pandilla rebelde o —para decirlo, francamente— la pandilla de delincuentes liderada por Mitsuko Souma (la estudiante número 11). Hirono Shimizu (la estudiante número 10) y Yoshimi Yahagi (la estudiante número 21) completaban la banda. Shuya no podía verlas desde donde se encontraba sentado.

Los asientos situados a la derecha del conductor estaban ligeramente levantados, y sobresaliendo de ellos se veían las cabezas de Kazuhiko Yamamoto (el estudiante número 21) y Sakura Ogawa (la estudiante número 4), la pareja más formal de la clase. Seguramente se estaban riendo, porque las cabezas se movían ligeramente arriba y abajo. Eran tan cortos y siempre estaban tan aislados que la cosa más trivial podría haberles hecho gracia.

Al lado de Shuya, junto al pasillo, se veía el enorme uniforme escolar de Yoshio Akamatsu (el estudiante número 1). Era el chico más grande de la clase, pero era muy tímido, el tipo de chico que siempre acaba siendo objeto de bromas e insultos. El gigantesco cuerpo de Yoshio parecía doblado sobre su consola de videojuegos, así que Shuya solo veía su uniforme.

También sentados juntos al lado del pasillo estaban los deportistas: Tatsumichi Oki (el estudiante número 3, del equipo de balonmano), Kazushi Niida (el estudiante número 16, del equipo de fútbol) y Tadakatsu Hatagami (el estudiante número 18). El propio Shuya había jugado en la Liga Infantil de Béisbol en la escuela y tenía fama de ser un espectacular *stopper* de segunda y tercera base. En realidad había sido muy amigo de Tadakatsu, pero al final se habían distanciado. En parte aquello se debió a que Shuya había dejado de jugar al béisbol, pero también tenía que ver con el hecho de que hubiera empezado a tocar la guitarra eléctrica, lo que se consideraba una actividad poco patriótica. La madre de Tadakatsu se ponía de los nervios con ese tipo de cosas.

Sí, el rock era una actividad ilegal en el país. (Desde luego, había fisuras y lagunas legales. La guitarra eléctrica de Shuya venía con una pegatina aprobada por el Gobierno que decía: LA MÚSICA DECADENTE ESTÁ ESTRICTAMENTE PROHIBIDA. El rock era música decadente.)

«Ahora que lo pienso —reflexionó Shuya—, yo también he cambiado de amigos.»

Pudo oír que alguien se reía calladamente detrás del gran Yoshio Akamatsu. Era uno de los nuevos amigos de Shuya, Shinji Mimura (el estudiante número 19). Shinji tenía el pelo corto y llevaba un arete con un intrincado diseño en la oreja izquierda. Shuya sabía quién era Shinji antes incluso de que llegaran a ser compañeros de clase en segundo. Shinji era conocido como El Tercer Hombre..., el alero del equipo de baloncesto. Sus talentos deportivos eran similares a los de Shuya, aunque Shinji le había dicho en alguna ocasión: «Yo soy mejor,

hermanito.» Juntos, en la cancha de baloncesto por primera vez en la competición de segundo curso, habían formado un tándem letal, así que simplemente era normal que acabaran siendo colegas. Sin embargo, Shinji destacaba en muchas otras cosas además de ser muy bueno en deporte. Sus notas en otras materias que no fueran mates e inglés no eran nada del otro mundo, pero su conocimiento del mundo real era increíble, y sus opiniones eran propias de un chico mayor, mucho más maduras que las de sus compañeros. De algún modo, tenía respuesta a cualquier pregunta que se le hiciera sobre el mundo exterior, una información que desde luego no se podía conseguir en el país. Y siempre sabía qué decir cuando uno estaba hecho polvo, como «Ya lo sabes, aquí me tienes». Pero nunca era arrogante. En vez de mostrarse soberbio, sonreía y guiñaba un ojo. Nunca estuvo pagado de sí mismo. En resumen, Shinji Mimura era un buen tío.

Shinji estaba sentado al lado de su colega, Yutaka Seto (el estudiante número 12), el gracioso de la clase y amigo de Shinji desde la escuela. Yutaka debía de haber soltado otro chiste, porque Shinji se estaba riendo.

Hiroki Sugimura (el estudiante número 11) estaba sentado tras ellos. Su cuerpo larguirucho y flaco apenas cabía en el estrecho espacio de su asiento. Estaba leyendo un libro de bolsillo. Hiroki era un muchacho reservado y estudiaba artes marciales, así que proyectaba un aura de cierta dureza. No se juntaba mucho con los otros muchachos, pero cuando se le conocía un poco resultaba que era un chico muy agradable. Solo que era un poco tímido. Shuya era colega suyo. ¿Estaría leyendo aquel libro de poesía china que tanto le gustaba? (Los libros chinos traducidos eran fáciles de conseguir, lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta que la República consideraba a China como «parte fundamental de nuestra patria».)

Shuya se quedó colgado en cierta ocasión con una frase de una novela barata americana que había encontrado en una librería de segunda mano (se las arregló para entenderla con ayuda de un diccionario): «Los amigos vienen y se van.» A lo mejor así eran las cosas. Y así como Tadakatsu y él habían dejado de ser amigos, podría llegar un momento en el que ya no fuera amigo de Shinji y Hiroki.

Bueno, o a lo mejor no.

Shuya miró de reojo a Yoshitoki Kuninobu, que todavía andaba rebuscando en el interior de su bolsa. Shuya y Yoshitoki Kuninobu eran amigos desde siempre. Y eso nunca cambiaría. Después de todo,

eran amigos desde que mojaban la cama en aquella institución católica que ostentaba el pretencioso nombre de Casa de Caridad, donde acogían a huérfanos y a otros niños que, debido a determinadas «circunstancias», ya no podían estar con sus padres. Se podría decir que casi estaban condenados a ser amigos.

La religión era otro asunto curioso. En realidad, el país, bajo un sistema exclusivo nacionalsocialista, regido por una autoridad ejecutiva autodenominada «el Dictador», no tenía una religión oficial nacional. (Shinji Mimura dijo una vez, con una mueca de asco: «Esto es lo que se llama “fascismo eficaz”. ¿En qué otro lugar del mundo podrías encontrar algo tan siniestro?») La cosa más aproximada a una religión era la fe en el sistema político... pero este ni siquiera se podía comparar con ninguna religión conocida. Así pues, la práctica religiosa estaba permitida en tanto en cuanto se ejerciera moderadamente, pero al mismo tiempo no se garantizaba la libertad de credo. Así que los fieles más pertinaces solo la practicaban en privado. El propio Shuya nunca tuvo verdaderamente ninguna inclinación religiosa, pero ello se lo debía precisamente a aquella institución religiosa concreta, en la que consiguió crecer relativamente ajeno a cualquier fanatismo. Pensaba que debía estar muy agradecido por ello. Había orfanatos estatales, pero al parecer sus instalaciones y programas estaban dirigidos de mala manera y, por lo que había oído, servían como escuelas de adiestramiento para soldados de las Fuerzas Especiales de la Defensa.

Shuya se volvió y miró a su espalda. El grupo de delincuentes entre los que se encontraban Ryuhei Sasagawa (el estudiante número 10) y Mitsuru Numai (el estudiante número 17) estaba sentado en los amplios asientos del final del autobús. Allí estaba *el otro*... Shuya no podía verle la cara, pero entre los asientos podía verle la cabeza, con aquel pelo largo, extrañamente peinado, engominado hacia atrás, apoyado en la ventana de la derecha. Aunque a su izquierda (bueno, parecía que Ryuhei Sasagawa había dejado dos asientos libres entre medias) los otros estaban hablando y riendo sobre alguna guarrería, su cabeza permanecía absolutamente inmóvil. A lo mejor se había quedado dormido. O a lo mejor, como Shuya, estaba observando las luces de la ciudad.

Shuya estaba completamente desconcertado por el hecho de que aquel muchacho, Kazuo Kiriya (el estudiante número 6), hubiera querido participar realmente en una actividad tan infantil como un viaje de estudios.

Kiriyama era el líder de los matones en su barrio, un grupo en el que estaban también Ryuhei y Mitsuru. Kiriyama no era un tipo grande, de ninguna manera. Como mucho, era de la misma altura que Shuya, pero podía acabar en un santiamén con cualquier estudiante del instituto, e incluso enfrentarse al *yakuza* local. Su reputación era legendaria en toda la prefectura. Y que su padre fuera el presidente de una empresa importante no le perjudicaba. (De todos modos había rumores de que era hijo ilegítimo. A Shuya eso le traía sin cuidado, así que nunca se preocupó de averiguar más.) Por supuesto, eso no habría sido suficiente. Tenía un rostro inteligente e interesante, y su voz no era particularmente grave, pero había algo intimidatorio en ella. Era el estudiante más listo de tercero B, y el único que apenas podía disputarle el puesto era Kyoichi Motobuchi (el estudiante número 20), pero este estudiaba tanto que apenas dormía. En deportes, Kazuo Kiriyama era mejor y más diestro que casi todos los de la clase. Los únicos del insti Shiroiwa que podían competir con él en serio eran, sí, el antiguo astro del béisbol, Shuya, y el actual alero estrella de baloncesto Shinji Mimura. Así que, en todos los aspectos, Kazuo Kiriyama era perfecto.

Pero entonces... ¿cómo demonios un tío tan perfecto podía haber llegado a ser el líder de una banda de matones? Bueno, en realidad eso no era asunto de Shuya. Pero sí había una cosa que podía asegurar y era que, en cierto sentido, casi tangible, Kazuo era diferente. Shuya no podría explicar exactamente en qué sentido. Kazuo nunca había hecho nada malo en la escuela. Nunca andaba incordiando a nadie como Yoshio Akamatsu, o como hacía Ryuhei Sasagawa. Pero había algo en él, como un... distanciamiento. ¿Sería eso? Al menos eso era lo que parecía.

Faltaba mucho a clase. La idea de Kazuo estudiando era un completo absurdo. Y cuando iba a clase, Kiriyama permanecía sentado en su pupitre, callado, como si estuviera pensando en algo que no tuviera nada que ver con la lección. Shuya pensaba: «Si el Gobierno no tuviera el poder para obligarnos a cumplir con la enseñanza obligatoria, este probablemente no vendría a clase nunca. Por otro lado, quizá se dejara caer por clase solo porque no tenía otra cosa que hacer. No sé...» En cualquier caso, Shuya se había imaginado que Kazuo pasaría de una cosa tan trivial como un viaje de estudios, pero al final se presentó de repente. ¿Sería también que no tenía otra cosa que hacer?

—Shuya.

Shuya estaba concentrado en las luces del techo del autobús, pensando en Kazuo Kiriya, cuando una voz alegre y vivaracha interrumpió sus pensamientos. Desde el asiento inmediato, al otro lado del pasillo, Noriko Nakagawa (la estudiante número 15) le ofreció algo envuelto en una bolsa de celofán. El paquete crujió y centelleó como agua bajo la luz blanca: estaba lleno de galletas redondas de color marrón claro. Estaba atado en la parte de arriba con una cinta dorada.

Noriko Nakagawa era otra chica perteneciente al grupo Neutral, como las del grupo de Yukie Utsumi. Aparte de sus alegres ojos, que eran llamativamente oscuros, tenía una cara redonda y aniñada, y una melena hasta los hombros. Era pequeñita y alegre. En definitiva, una chica normal. Si había algo que mereciera resaltarse de ella, era probablemente el hecho de que escribía los mejores trabajos en clase de literatura. (Por eso Shuya había conocido a Noriko: él se pasaba las horas muertas escribiendo letras para sus canciones en los márgenes de sus cuadernos, y ella insistió en leerlas.) Noriko habitualmente andaba con el grupo de Yukie, pero como aquel día había llegado tarde, no había tenido más remedio que coger uno de los asientos que habían quedado libres.

Shuya medio extendió la mano y levantó las cejas como si quisiera preguntar qué era aquello. Por alguna razón, Noriko pareció un tanto turbada y le dijo:

—Mi hermano me pidió que le preparara unas galletas. Estas son las que han sobrado. Están recién hechas, así que las traje para ti y para el señor Nobu.

«Señor Nobu» era el apodo de Yoshitoki Kuninobu. Aunque tenía los ojos saltones y amistosos, el apodo parecía muy apropiado para alguien que podía ser —extrañamente— maduro y prudente. La mayoría de las chicas lo llamaban por su verdadero nombre, pero Noriko no tenía problemas en llamar a los chicos por sus apodos, y el hecho de que aquella costumbre apenas incomodara a los afectados indicaba únicamente hasta qué punto era inofensiva. (Shuya tenía un apodo relacionado con las prácticas deportivas, el mismo nombre de una famosa marca de cigarrillos, pero al igual que le ocurría a Shinji con su apodo de El Tercer Hombre, nadie lo utilizaba delante de él.) Shuya ya se había dado cuenta de aquello, pero recordó que Noriko era la única chica que lo llamaba por su nombre de pila, en vez de usar el apellido.

Yoshitoki, que había estado escuchándolos, se metió en la conversación.

—¿De verdad? ¿Son para nosotros? ¡Muchas gracias! Si las has hecho tú, me apuesto lo que quieras a que estarán deliciosas.

Yoshitoki le arrebató la bolsa de la mano a Shuya, desató inmediatamente la cinta y cogió una galleta.

—¡Vaya..., están increíbles!

Mientras Yoshitoki alababa a Noriko, Shuya hizo una mueca de humorística desesperación. ¿Se podía ser más torpe en el arte del halago? Cuando Noriko se sentó al lado de Shuya, Yoshitoki había empezado a lanzarle miraditas a la chica, por encima de su amigo, estirándose en el asiento, presa de los nervios.

Aquello había ocurrido hacía un mes y medio, durante las vacaciones de primavera. Shuya y Yoshitoki habían ido a pescar percas trucheras al embalse que proveía de agua a toda la ciudad. Yoshitoki le confesó a Shuya:

—Eh, Shuya, estoy un poco colgado por una chica...

—¿Ah, sí? ¿Quién es?

—Nakagawa.

—¿La de nuestra clase, dices?

—Ajá.

—¿Cuál? Hay dos Nakagawas. ¿Yuka Nakagawa?

—¡Eh, tú...! Al contrario que a ti, a mí no me van las gordas...

—¿Pero qué...? ¿Me estás diciendo que Kazumi está gorda? Solo está un poquito rellenita...

—Lo siento. En fin, bueno, eeh, sí, esto... es Noriko.

—Hum. Bueno, es maja —dijo Shuya.

—¿A que sí? ¿Verdad que sí?

—Que sí, que sí...

Sí. Yoshitoki era absolutamente transparente. Pero a pesar de su comportamiento, Noriko parecía no darse cuenta en absoluto de los sentimientos que Yoshitoki sentía hacia ella. A lo mejor era un poco lentita en asuntos de ese tipo o algo. No sería de extrañar, dada su personalidad.

Shuya cogió una galleta de la bolsa, todavía en manos de Yoshitoki, y la examinó detenidamente. Luego se volvió hacia Noriko.

—Entonces, ¿las galletas que no están recién hechas pierden sabor?

—Ajá, sí —asintió, con los ojos extrañamente bizcos.

—Lo cual significa que las has probado y estás segura de que saben bien.

Puede que hubiera aprendido esa forma de sarcasmo de Shinji Mura. Shuya a menudo lo utilizaba últimamente para zaherir a otros compañeros de clase, pero Noriko solo emitió una risa divertida y dijo:

—Creo que sí.

—¡Vamos...! —interrumpió Yoshitoki otra vez—. Ya te he dicho que estaban buenas, ¿verdad, Noriko?

Ella sonrió.

—Gracias. Eres muy amable.

Yoshitoki se quedó petrificado de repente, como si hubiera metido los dedos en un enchufe y se hubiera quedado mudo. Mirando en silencio hacia su regazo, procedió a devorar su galleta.

Shuya sonrió y se comió el resto de su galleta. El cálido y dulce sabor, y el agradable olor se dispersaron por su boca.

—Mmm... Están buenas —dijo Shuya.

Noriko, que había estado observándolo durante todo ese tiempo, exclamó:

—¡Gracias!

Puede que estuviera equivocado, pero había algo en su tono de voz muy distinto a lo que había podido percibir cuando le dio las gracias a Yoshitoki. Bueno, un momento..., es verdad, estaba mirándolo mientras se comía la galleta. ¿Eran realmente las sobras de la hornada que había preparado para su hermano? A lo mejor las había hecho para otra persona... O a lo mejor simplemente estaba pensando tonterías.

Entonces, por alguna razón, Shuya pensó en Kazumi. Iba un año por delante y había sido compañera suya en el club de música hasta el año anterior.

En la República del Gran Oriente Asiático, el rock estaba estrictamente prohibido en las actividades de los clubes escolares, pero cuando su tutora, la señorita Miyata, estaba ausente, los miembros del club de música tocaban rock por su cuenta. Naturalmente, el club de música solía atraer a ese tipo de alumnos. Kazumi Shintani era la chica que mejor tocaba el saxo. Sin embargo, cuando se ponía a tocar el saxo en clave de rock, era la mejor de todo el club de música. Era alta (casi de la misma estatura que Shuya, que medía uno setenta) y un poco rellenita, pero como tenía un rostro notablemente maduro y el pelo le caía sobre los hombros, tenía un aspecto alucinante con el

saxo entre las manos. Shuya se quedó prendado ante aquella visión. Luego Kazumi le enseñó a tocar algunos acordes difíciles con la guitarra. (Decía que había tocado un poco antes de empezar con el saxo.) Desde ese momento en adelante, Shuya se pasó cada minuto que tenía libre practicando con la guitarrista, y cuando llegó a segundo ya era el mejor guitarrista del club de música. Y todo porque quería que Kazumi lo oyera tocar.

Entonces, un día, cuando dio la casualidad de que los dos se encontraban solos en la sala de música, después de clase, Shuya tocó y cantó una versión de «Summertime Blues» que la dejó impresionada.

—Eso ha estado genial, Shuya. Ha sido alucinante... —dijo Kazumi.

Aquel día, Shuya se compró una lata de cerveza por primera vez en su vida y lo celebró con una fiesta solitaria y privada. Sabía genial. Pero tres días después, cuando le pidió salir, confesando que «Eeeh, de verdad, me gustas mucho», ella respondió que «Lo siento, pero ya estoy saliendo con otra persona». Al final se graduó y se fue a otro instituto de bachillerato que contaba con un buen departamento de música. Con su novio.

Lo cual devolvió a Shuya al momento de su conversación con Yoshitoki en el embalse durante las vacaciones de primavera. Después de compartir sus sentimientos por Noriko, Yoshitoki le preguntó:

—¿Estás todavía colgado por Kazumi?

—Sí —contestó Shuya—, creo que estaré colgado por ella lo que me queda de vida.

Yoshitoki parecía perplejo.

—Pero tiene novio, ¿no?

Lanzando el anzuelo plateado con todas sus fuerzas, como si estuviera lanzando una bola desde el jardín al estadio en un partido de béisbol, contestó:

—Eso no importa.

Shuya le cogió la bolsa de galletas a Yoshitoki, que todavía estaba mirándose el ombligo.

—¿Es que no vas a dejar ninguna para Noriko?

—Oh... oh, sí, claro... Lo siento...

Shuya le devolvió la bolsita a Noriko.

—Lo siento.

—No, está bien. No importa. Quedáoslas todas vosotros...

—¿De verdad? Pero no deberíamos ser los únicos que...

Shuya se dio cuenta por primera vez de la presencia del chico que estaba sentado al lado de Noriko. Ataviado con su uniforme escolar, Shogo Kawada (el estudiante número 5) permanecía apoyado contra la ventana, con los brazos cruzados y los ojos cerrados. Puede que estuviera durmiendo. Llevaba el pelo tan corto que parecía un monje. Su cara, con una barba ligeramente incipiente, le recordaba a Shuya uno de esos personajes de feria, en una atracción barata. «¡Vaya! ¡Atención todo el mundo: un tipo con barba! ¿No es demasiado viejo para ser estudiante en un instituto de secundaria?»

Bueno, él solo sabía una cosa: que aunque en tercero B estaban los mismos estudiantes que el año anterior, Shogo Kawada había llegado en abril desde Kobe. Y por alguna circunstancia concreta, algún accidente o alguna enfermedad (no parecía que fuera uno de esos tipos que se quedan postrados en la cama, así que debió de ser algún accidente), Kawada tuvo que repetir curso, porque no pudo acudir a clase durante más de seis meses. En otras palabras, era un año mayor que Shuya y sus compañeros de clase. El propio Shuya nunca le había contado a nadie aquello, pero eso era lo que había oído.

En realidad, no había oído muchas cosas buenas de Shogo. Corría el rumor de que había sido un conocido matón en su último colegio y que su hospitalización era el resultado de una pelea. Su cuerpo estaba cubierto de cicatrices, que concedían algún fundamento a las murmuraciones. Una enorme cicatriz, que parecía la herida de un cuchillo, le cruzaba la frente sobre la ceja izquierda, y cuando se cambiaban en los vestuarios del gimnasio (por cierto, Kawada tenía la complexión de un boxeador de los pesos medios), Shuya no pudo sino estremecerse al descubrir el mismo tipo de cicatrices por sus brazos y por toda la espalda. Tenía dos cicatrices redondeadas, bastante juntas, en el hombro izquierdo. Parecían heridas de disparos, pero eso era inconcebible.

Cada vez que escuchaba aquellos rumores sobre Shogo, alguien inevitablemente sugería:

—Seguro que acaba pegándose con Kazuo.

Justo después de que Shogo fuera trasladado a su colegio, aquel idiota de Ryuhei Sasagawa había intentado intimidarlo. Los detalles exactos de lo que había ocurrido a continuación solo los conocía de oídas, pero al parecer Ryuhei se puso pálido, se retiró, y se alejó lloriqueando y llamando a gritos a Kazuo para que lo ayudara. Sin embargo, Kazuo se mostró indiferente y solo le dedicó una mirada de desprecio a Ryuhei. Ni

siquiera le dirigió la palabra a Shogo. Así que, hasta el momento al menos, ambos habían conseguido evitar la confrontación. Kazuo no parecía muy interesado en Shogo. Y Shogo no parecía interesado en Kazuo. El resultado era que tercero B vivía en paz y armonía. Una suerte.

Todo el mundo evitaba a Shogo por su edad y por culpa de los rumores. Pero a Shuya no le gustaba juzgar a la gente basándose únicamente en los rumores. Como alguien dijo una vez, si puedes ver las cosas con tus propios ojos, no hay necesidad de que pongas la oreja para averiguar lo que dicen los demás.

Shuya miró a Noriko y apuntó con la barbilla a Shogo.

—¿Estará dormido?

—Humm... —murmuró Noriko, mirando de reojo a Shogo.

—No querría despertarlo.

—No parece de esa clase de chicos a los que les apasionan las galletas, de todos modos.

Noriko ahogó una risilla, y justo cuando Shuya se disponía a ofrecerle las galletas, oyeron:

—No, gracias.

Shuya clavó la mirada en Shogo.

Aquella voz fuerte y grave resonó en su cabeza.

Aunque Shuya no había escuchado muchas veces su voz, era obvio que aquellas palabras las había pronunciado Shogo, que aún mantenía los ojos cerrados, aunque al parecer no estaba dormido. Shuya de repente se dio cuenta de que apenas había oído hablar a Shogo, a pesar de que lo habían trasladado a su colegio hacía más de un mes.

Noriko observó a Shogo y luego se volvió hacia Shuya. Este se encogió de hombros como toda respuesta y se metió otra galleta entera en la boca.

Siguió charlando con Noriko y Yoshitoki durante un rato hasta que...

Eran casi las diez en punto cuando Shuya notó algo extraño.

Algo muy raro estaba ocurriendo en el interior del autobús. Yoshitoki, que estaba a su izquierda, de repente se había quedado dormido y respiraba suavemente. El cuerpo de Shinji Mimura estaba resbalando hacia el pasillo. Noriko Nakagawa también se había quedado dormida. Nadie estaba hablando, al parecer. Nadie estaba despierto. Bueno, vale..., a esa hora cualquiera con un sentido es-

tricto de los horarios saludables podría estar ya en la cama, pero aun así, aquel era un viaje que habían estado anhelando durante mucho tiempo. ¿No era un poco pronto para quedarse dormidos, cuando apenas habían salido de la ciudad? ¿Por qué nadie cantaba o algo? ¿No tenía aquel autobús una de aquellas atroces y odiadas maquinillas que tanto detestaba Shuya..., un karaoke?

Lo peor de todo era que el propio Shuya estaba sucumbiendo al sueño y se estaba quedando adormilado. Miró a su alrededor medio aturrido... y luego ya no fue capaz de mover la cabeza, en la que sentía una enorme pesadez. Se desmoronó contra su asiento. Su mirada deambuló hasta dar con la estrecha franja del espejo retrovisor que había en el centro del parabrisas, envuelto en la oscuridad. A duras penas consiguió discernir la diminuta imagen de la parte superior del cuerpo del conductor.

El rostro del conductor estaba cubierto con lo que parecía ser una máscara. Una especie de tubo le salía de la máscara. Había unas finas tiras de goma que se la sujetaban a la cabeza, por encima y por debajo de las orejas. ¿Qué significaba todo aquello? Salvo por la especie de tubo, aquello parecía una máscara de oxígeno de las que se utilizan en las emergencias de los aviones.

«¿Y si no se puede respirar en el interior de este autobús? Damas y caballeros, este autobús va a efectuar un aterrizaje de emergencia debido a un problema mecánico. Por favor, asegúrense de mantener abrochados sus cinturones de seguridad, utilicen las máscaras de oxígeno y sigan las instrucciones de la tripulación de cabina...» ¿Era algo así...? Sí, claro.

Escuchó un crujido a su derecha. Shuya tuvo que esforzarse para conseguir echar un vistazo. Sentía una enorme pesadez en todo el cuerpo. Era como si estuviera sumergido en un inmenso bote de gelatina transparente.

Shogo Kawada se había conseguido levantar y luchaba a brazo partido para abrir una ventana. Pero bien fuera porque estuviera atascada por el óxido y la suciedad, o bien porque se hubiera roto el cierre, lo cierto es que la ventana se negó a abrirse. Shogo golpeó con el puño izquierdo el cristal. «Está intentando romper el cristal. ¿Qué es toda esta mierda?»

Pero el cristal no se rompió. El puño, dispuesto a golpear el cristal una segunda vez, pareció debilitarse de repente y cayó torpemen-

te. El cuerpo de Shogo se derrumbó en el asiento. Shuya creyó oír aquella voz grave que acababa de oír hacía solo un rato, como en un grito ahogado.

—Maldita sea...

Casi inmediatamente, Shuya se quedó dormido también.

Aproximadamente a esa misma hora, unos coches oficiales con hombres de negro en su interior comenzaron su ronda de visitas a las familias de los estudiantes en la ciudad de Shiroyiwa. Asustados, los padres se sintieron paralizados cuando los visitantes les presentaron documentos con el sello oficial del Gobierno.

En la mayor parte de los casos, los padres no pudieron hacer más que asentir en silencio, al tiempo que pensaban que probablemente jamás volverían a ver a sus chicos, pero también hubo quien protestó. A los rebeldes se les propinaron descargas eléctricas o, en el peor de los casos, fueron eliminados con una ráfaga de ametralladora y abandonaron este mundo un poco antes que sus hijos.

Para entonces el autobús asignado para el viaje de estudios al tercer curso, clase B, del instituto Shiroyiwa, hacía mucho rato que ya se había desviado y se había apartado de la caravana de autobuses, y había cogido una rotonda para regresar a la ciudad de Takamatsu. Después de volver a la ciudad, zigzagueó por varias carreteras antes de detenerse finalmente y parar el motor.

El conductor, cuyo pelo ya empezaba a encanecer, parecía rondar los cuarenta y tenía todo el aspecto de ser un agradable conductor de autobuses. Todavía con la máscara de oxígeno en la cara —ahora la llevaba colgando de la mandíbula levemente prominente—, se volvió a mirar a los estudiantes de tercero B con un leve gesto de compasión. Pero en cuanto otro hombre se asomó a la ventana, su rostro se puso rígido. Hizo el imperativo y habitual saludo de la República. Luego presionó el interruptor para abrir la puerta. Shuya miraba al exterior cuando unos hombres enmascarados y ataviados con indumentaria militar entraron corriendo en el autobús.

Bajo la luz de la luna, el cemento del muelle resplandecía en un tono blanco azulado y, al final del dique, el barco que debía transportar a los jugadores se balanceaba perezosamente en las aguas oscuras del puerto.

1

Por un momento, Shuya pensó que se encontraba en su clase de siempre.

No era la clase de siempre de tercero B, pero había un atril, una pizarra vieja y, a la izquierda, una gran peana con un enorme televisor. Había filas de pupitres y sillas de contrachapado atornillado a tubos metálicos. En el pupitre de Shuya alguien había grabado un grafiti antigubernamental en una esquina, con un bolígrafo: «Al Dictador le gustan las mujeres de uniforme.» Luego vio a todo el mundo en los pupitres, los chicos con uniformes escolares abotonados hasta arriba y las chicas vestidas con sus uniformes escolares de marineritas: sus cuarenta y un compañeros que solo unos momentos antes (al menos eso era lo que le había parecido) iban juntos de viaje en el autobús. Lo único que pasaba era que estaban todos completamente dormidos..., algunos, tumbados sobre sus pupitres, y otros, derrumbados sobre sus asientos.

Sentado junto a una ventana de cristal esmerilado, en el lado del pasillo (suponiendo que aquel edificio tuviera la misma disposición que su colegio), Shuya recorrió con la mirada el resto de la sala. Al parecer él era el único que estaba despierto. Delante de él, a su izquierda y hacia la mitad de la sala, estaba Yoshitoki Kuninobu. Detrás de él se encontraba Noriko Nakagawa y, al otro lado de Yoshitoki, estaba Shinji Mimura. Todos ellos estaban derrumbados sobre los pupitres, durmiendo profundamente. El larguirucho corpachón de Hiroki Sugimura yacía tumbado sobre un pupitre junto a las ventanas de la pared izquierda del aula. Al final, Shuya comprendió que la asignación de asientos era idéntica a la que tenían en el instituto Shiroiwa. Entonces comenzó a comprender por qué el lugar le resultaba tan extraño. Las ventanas parecían estar cubiertas como con una especie de planchas negras. ¿Paneles metálicos? Estos proporcionaban un gélido reflejo de la turbia luz de las hileras de fluorescentes que colgaban del techo. Las ventanas de cristal esmerilado que daban al pasillo parecían estar cubiertas con telas negras por fuera. A lo mejor también eran planchas de metal. Era imposible determinar la hora que era.

Shuya miró su reloj de pulsera. Marcaba la una. ¿De la mañana? ¿De la tarde? La fecha señalaba que era «22 Jue», lo cual significaba

que, a menos que alguien hubiera estado manipulando su reloj, habían transcurrido tres o quince horas desde que sufrió aquel extraño ataque de somnolencia. «Muy bien, supongamos que me quedé dormido... —pensó—. Sin embargo...»

Shuya miró a sus compañeros de clase.

Algo no iba bien. Desde luego, toda la situación era muy rara. Pero había algo en particular que le incomodaba...

Shuya inmediatamente se dio cuenta de lo que era. Con la cara apoyada en el pupitre, Noriko tenía un collar de metal plateado ceñido a su cuello, justo por encima de la camisa. Como la chaqueta de Yoshitoki Kuninobu estaba abotonada hasta arriba, el collar metálico apenas se veía, pero Shuya consiguió vislumbrarlo también. Shinji Mimura, Hiroki Sugimura..., todos tenían un collar metálico alrededor del cuello.

Entonces Shuya se dio cuenta. Levantó la mano derecha buscando su propio collar metálico.

Notó algo duro y frío. Aquella misma cosa debía estar aprisionando su cuello.

Shuya tiró un poco del collar, pero estaba tan ceñido que ni siquiera se movió. En el momento en que fue consciente de tenerlo en torno a su cuello, comenzó a sentirse asfixiado. «¡Collares metálicos! ¡Collares metálicos, como si fuéramos unos putos perros!»

Se peleó un poco con el collar, pero pronto se rindió. Se preguntó qué habría ocurrido en el viaje de estudios. Shuya notó la bolsa de deporte a sus pies, en el suelo. La noche anterior había metido despreocupadamente algo de ropa, una toalla, el cuaderno de viaje de la escuela y una petaca de bourbon. Todos tenían también sus bolsas a los pies.

De repente se oyó un violento ruido en la entrada, y la puerta se abrió lentamente. Shuya levantó la mirada.

Entró un hombre.

Era robusto y fornido. Tenía las piernas extraordinariamente cortas, como si fueran un mero apéndice de su torso. Llevaba unos pantalones de color beis claro, una chaqueta gris, una corbata roja y unos mocasines negros. Toda su indumentaria parecía bastante raída. En la solapa de la chaqueta llevaba prendida una insignia de color naranja, lo cual indicaba su relación con la administración gubernamental. Tenía las mejillas coloradas. Sin embargo, lo que más llamaba la atención era su corte de pelo. Lo llevaba largo, hasta los

hombros, como una jovencita. A Shuya le recordaba la carátula fotocopiada y granulada de una cinta de Joan Baez que había comprado en el mercado negro.

El hombre se plantó ante el atril y echó un vistazo a toda la clase. Su mirada se detuvo en Shuya, que era el único despierto..., suponiendo que aquello no fuera un sueño.

Ambos permanecieron sin inmutarse, mirándose al menos durante un minuto entero. Pero a lo mejor porque los otros estudiantes ya se estaban despezando, y las toses y los bostezos iban oyéndose poco a poco por toda la clase, el hombre apartó la mirada de Shuya. Los movimientos y bostezos de unos despertaron a los otros de su profunda ensoñación.

Shuya miró al resto de la clase. A medida que se despertaban, daba la impresión de que sus ojos intentaban entender dónde estaban. Todo el mundo estaba confuso. Shuya cruzó la mirada con Yoshitoki Kuninobu cuando este se volvió. Shuya señaló su collar, dándose unos golpecitos en el cuello. Yoshitoki inmediatamente se llevó las manos al cuello. Parecía conmocionado. Sacudió la cabeza a la derecha y a la izquierda, y luego se volvió hacia el atril. Noriko Nakagawa también buscó la mirada de Shuya, con una mirada aterrorizada. Él solo pudo encogerse de hombros a modo de respuesta.

En cuanto todos se despertaron, el hombre dijo con una voz alegre:
—Muy bien, ¿todos despiertos? ¡Espero que hayáis dormido bien!

Nadie contestó. Incluso los payasetes de la clase, Yutaka Seto y Yuka Nakagawa (la estudiante número 16) estaban mudos.

QUEDAN 42 ESTUDIANTES

2

Luciendo una amplia sonrisa, el hombre del pelo largo siguió hablando tras el atril.

—Muy bien, muy bien. Entonces procederé con la presentación. Antes de nada, yo soy vuestro nuevo instructor: Kinpatsu Sakamochi.

El hombre que se presentó a sí mismo como Sakamochi se volvió hacia la pizarra y escribió su nombre en grandes letras verticales con una tiza. ¿«Kinpatsu Sakamochi»? ¿Qué era aquello: una especie de broma o qué? Dada la situación, a lo mejor era un seudónimo.

De repente, la delegada femenina de clase, Yukie Utsumi, se levantó y dijo:

—No entiendo qué está sucediendo aquí. —Todo el mundo se volvió hacia Yukie, cuyos largos cabellos estaban pulcramente anudados en un par de coletas. Parecía bastante nerviosa, pero su voz seguía siendo firme y grave. Sin embargo, ella probablemente se hacía ilusiones pensándose que habían tenido un accidente de tráfico o algún otro suceso que había propiciado que perdieran la consciencia. Yukie añadió—: ¿Qué está pasando aquí? Estábamos realizando un viaje de estudios. ¿Verdad, chicos?

Se giró a su alrededor y los miró a todos, provocando una avalancha de gritos.

—¿Dónde estamos?

—¿Tú también te quedaste dormido?

—Pero ¿qué hora es?

—¿Estábamos todos dormidos?

—Maldita sea, no tengo mi reloj.

—¿Tú te acuerdas de haber bajado del autobús? ¿O de haber venido aquí?

—¿Quién demonios es ese tío?

—No me acuerdo de nada de nada.

—Esto es horrible. ¿Qué está pasando aquí? Tengo miedo.

Al observar cómo Sakamochi escuchaba tranquilamente a los estudiantes, Shuya fue escrutando lentamente a toda la clase. Había varios compañeros que también habían permanecido en silencio.

El primero en el que se fijó estaba sentado a su espalda, en diagonal, en la última mesa de la fila del medio. Era Kazuo Kiriya. Bajo su pelo engominado hacia atrás, su mirada impasible permanecía fija, clavada en el hombre del atril. Su mirada era tan tranquila que ni siquiera parecía feroz. No prestaba ninguna atención a su círculo de compinches, que estaban intentando llamar su atención entre nervios y gritos: Ryuhei Sasagawa, Mitsuru Numai, Hiroshi Kuronaga (el estudiante número 9) y Sho Tsukioka (el estudiante número 14).

Luego también estaba Mitsuko Souma, sentada en la segunda fila, junto a la ventana. Era la única que parecía hastiada y aburrida. Su silla estaba separada del resto de su grupo, formado por Hirono Shimizu y Yoshimi Yahagi. Por supuesto, ninguna de las chicas (ni de los chicos, para el caso) intentaron dirigirle la palabra. (A la izquierda de Shuya, Hirono y Yoshimi

estaban hablando.) Y aunque Mitsuko tenía el espléndido aspecto de un ídolo del pop, su rostro siempre mostraba una extraña expresión de indiferencia. Miraba a Sakamochi con los brazos cruzados. (Hiroki Sugimura, sentado justo delante de ella, estaba hablando con Tadakatsu Hatagami.)

Shogo Kawada estaba sentado en la penúltima fila, junto a la ventana. También permanecía en silencio, observando a Sakamochi. Pero sacó un chicle y empezó a mascararlo, al tiempo que seguía observando al profesor mientras movía la mandíbula.

Shuya miró hacia delante. Noriko Nakagawa todavía permanecía girada, mirándolo. Sus ojos negros vibraban nerviosos. Shuya lanzó una mirada a Yoshitoki, que estaba sentado enfrente de ella, pero este estaba ocupado hablando con Shinji Mimura. Shuya volvió de inmediato la mirada hacia Noriko, levantó la barbilla ligeramente y asintió. Aquello pareció tener un efecto calmante en la muchacha. Su mirada pareció relajarse un poco.

—Muy bien, muy bien... Por favor, silencio... —Sakamochi dio varias palmadas para captar la atención de los estudiantes. La algarabía remitió repentinamente—. Permittedme explicaros la situación. La razón por la que estáis hoy aquí... —dijo, y luego añadió—: es para mataros unos a otros.

Nadie despegó los labios. Todos permanecieron petrificados, como figuras en una fotografía. Pero Shogo continuó mascando su chicle —de eso sí se dio cuenta Shuya—. Su expresión no había cambiado nada. Pero Shuya creyó haber entrevisto una especie de levísima sonrisa en su rostro.

Sakamochi continuó sonriendo y añadió:

—Vuestra clase ha sido seleccionada para el Programa de este año. Alguien gritó.

QUEDAN 42 ESTUDIANTES

3

Todos los alumnos de los institutos de la República del Gran Oriente Asiático sabían qué era aquello del Programa. Incluso se hablaba de todo aquello en los libros de texto a partir de cuarto. En la *Enciclopedia Manual de la República del Gran Oriente Asiático* había una entrada detallada en la que se explicaba todo.

Programa. *n. m.* 1. Un listado con el orden de actividades y otras informaciones relativas [...] 4. Un programa de simulación bélica establecido y dirigido por nuestras fuerzas armadas, instituido por razones de seguridad. Oficialmente tiene el nombre de Programa de Experimentación Bélica núm. 68. El primer programa se desarrolló en 1947. Cincuenta clases de tercer año de instituto son seleccionadas anualmente (antes de 1950 se seleccionaba a cuarenta y siete) para desarrollar el Programa con propósitos científicos. Los alumnos de cada promoción están obligados a luchar unos contra otros hasta que solo quede un superviviente. Los resultados de este experimento, incluido el tiempo invertido, se consignan debidamente. Al superviviente final de cada promoción (el ganador) se le concede una pensión vitalicia y una tarjeta autografiada por el Gran Dictador. Como respuesta a las protestas y algaradas causadas por los extremistas durante el primer año de esta institución, el 317.º Gran Dictador pronunció su famoso «discurso de Abril».

Era obligatorio leer el «discurso de Abril» en el primer año de secundaria. He aquí algunos extractos:

Mis amados camaradas, que trabajáis por la Revolución y levantáis nuestra amada nación. [*Dos minutos de interrupción para los aplausos y los vítores dedicados al 317.º Gran Dictador.*] Gracias, bien. [*Un minuto de interrupción.*] Esos apestosos imperialistas todavía siguen acosando a nuestra República, intentando sabotearla. Han explotado a los pueblos de otras naciones, naciones que deberían haber sido nuestras aliadas, traicionándolas, lavándoles el cerebro y arrojándolas en las garras de sus propias tácticas imperialistas. [*Exclamaciones unánimes de indignación.*] Y si pudieran, a la menor oportunidad se abalanzarían contra la patria con la idea de invadir el suelo de nuestra República —el Estado revolucionario más avanzado del mundo— para llevar a cabo su malévolo plan con el fin de destruir nuestro pueblo. [*Gritos de furia de la multitud.*] Ante estas funestas circunstancias, el Programa experimental número 68 es absolutamente necesario para nuestra nación. Desde luego, me causa una inmensa tristeza pensar en los miles y decenas de miles de jóvenes que perderán sus vidas a la tierna edad de quince años. Pero si sus vidas servirán para proteger la independencia de nuestro pueblo, ¿no tenemos derecho a exigir que su carne

y su sangre se derrame y se mezcle con nuestra hermosa tierra, que heredamos de nuestros dioses, para que vivan por toda la eternidad?
[*Aplausos, una oleada de vítores; interrupción de un minuto.*]

Como todos vosotros sabéis, nuestra nación no tiene un sistema de servicio militar obligatorio. El Ejército, la Marina y las Fuerzas Especiales de Defensa del Aire están integradas por espíritus patrióticos, jóvenes voluntarios todos ellos, apasionados soldados de la Revolución y la construcción de nuestra nación. Arriesgan sus vidas siempre, día y noche, en las líneas del frente. Querría que considerarais el Programa como un sistema único de reclutamiento en nuestro país. Con el fin de proteger nuestra nación...

Ya es suficiente. (Era típico ver en el exterior de las estaciones de ferrocarril a los reclutadores, de mediana edad, de las Fuerzas Especiales, aproximándose a los potenciales candidatos con el señuelo: «¿Qué tal si nos tomamos un poco de arroz con pollo?»)

La primera vez que Shuya había oído hablar del Programa había sido en cuarto. O puede que en quinto. Fue cuando lo dejaron en la Casa de Caridad, adonde lo llevó un amigo de sus padres después de que estos murieran en un accidente de tráfico. (Todos sus parientes se habían negado a quedarse con él. Se enteró que semejante desprecio se debía a que sus padres se habían visto envueltos en actividades antigubernamentales, pero nunca pudo confirmar aquella historia.) Estaba viendo la televisión en la sala de juegos con Yoshitoki Kuninobu, que había llegado a la Casa de Caridad antes que él. Su programa favorito de robots *anime* acababa de terminar, y la superintendente de la institución en aquel momento, la señorita Ryoko Anno (hija de la anterior superintendente; en aquel momento probablemente era una estudiante de instituto todavía, pero todos los que trabajaban allí se llamaban señor, señora o señorita), cambió de canal. Shuya estaba mirando precisamente la pantalla, pero en cuanto vio al hombre con un traje rígido dirigirse a él, se dio cuenta de que era aquel aburridísimo programa que se llamaba «las noticias» y que ponían en todos los canales a distintas horas.

El hombre estaba leyendo un papel. Shuya no podía recordar exactamente lo que decía, pero siempre era lo mismo y probablemente era algo parecido a esto:

«Hemos recibido un informe de las Fuerzas Especiales de Defensa y del Gobierno que anuncia que el Programa en la prefectura de Kagawa

finalizó ayer a las 3:12 de la tarde. Han transcurrido tres años desde que se implementó el último Programa. La promoción era el tercer curso, clase E, del instituto de secundaria Zentsuji núm. 4. La localización, desconocida hasta este momento, fue la isla de Shidakajima, a cuatro kilómetros de distancia de Tadotsu-cho. El vencedor de esta edición ha ganado tras tres días, siete horas y cuarenta y tres minutos de Programa. Además, con la recuperación de los cadáveres y las autopsias que se efectuaron hoy, se han determinado ya las causas de las muertes de los treinta y ocho estudiantes fallecidos: diecisiete murieron por heridas de armas de fuego, nueve por heridas de cuchillos o armas blancas, cinco por armas contundentes y tres por asfixia hasta la muerte...»

Apareció en la pantalla una imagen de lo que parecía ser «el vencedor»: una chica vestida con un uniforme de marinerita muy ajado. Agarrada por dos soldados de las Fuerzas Especiales de Defensa, seguía mirando a la cámara, con el rostro crispado. Bajo su largo pelo enmarañado, había un pegote de una sustancia de un color oscuro en su sien derecha. Shuya aún podía recordar perfectamente cómo aquel rostro crispado de vez en cuando parecía esbozar algo que se asemejaba, de un modo bastante raro, a una sonrisa.

Ahora se daba cuenta de que aquella era la primera vez que había visto a una persona loca. Pero en aquel momento no tenía ni idea de lo que le pasaba a aquella muchacha. Él solo se sintió inexplicablemente atemorizado, como si hubiera visto un fantasma.

Shuya creía recordar que en aquel momento había preguntado: «¿Qué es todo eso, señorita Anno?» Esta solo había negado con la cabeza y había contestado: «Oh, no es nada...» La señorita Anno se alejó un poco de Shuya y murmuró: «Pobre muchacha.» Yoshitoki Kuninobu ya había dejado de mirar la tele un poco antes y solo estaba preocupado de comerse una mandarina.

Cuando Shuya creció un poco, aquel mismo informe local, ofrecido una media de una vez cada dos años, le resultaba en cada ocasión más insidioso. Del total de estudiantes de tercer año de instituto, cincuenta clases de las distintas prefecturas de la nación se destinaban a una sentencia de muerte garantizada. Eso significaba que, si cada clase tenía cuarenta estudiantes, dos mil estudiantes morían anualmente sin remedio. No, más precisamente significaba que 1.950 estudiantes eran asesinados todos los años. Peor todavía: no era simplemente una ejecución en masa... Los estudiantes tenían que matarse unos a otros,

compitiendo por el título de superviviente. Era la versión más aterradora del juego de las sillas musicales que se pudiera imaginar.

Pero era imposible oponerse al Programa. Era imposible protestar contra nada que pudiera hacer la República del Gran Oriente Asiático.

Así que Shuya decidió olvidarse de ello. Así era como lo llevaban la mayoría de los «reservas» de los institutos, ¿no? Vale, ¿es nuestro sistema especial de reclutamiento? ¿El maravilloso país de las Vigorosas Plantas de Arroz? ¿Cuántos institutos había en la República? Puede que el índice de natalidad estuviera disminuyendo, pero las posibilidades de que te tocara participar en el Programa eran como de una entre ochocientas. En la prefectura de Kagawa eso significaba que solo escogerían una clase cada año. Dicho a lo bruto, era como si te murieras en un accidente de tráfico. Dado que Shuya nunca había tenido suerte en ningún sorteo, suponía que jamás lo escogerían. Ni siquiera en las rifas del pueblo había ganado más que un paquete de pañuelos de papel. A él nunca le tocaba nada. «Así que a joderse, tío.»

Pero luego, algunas veces, cuando oía a alguien en clase, especialmente a alguna chica envuelta en lágrimas, diciendo algo como «A mi primo le tocó ir al Programa y...», un oscuro terror lo paralizaba de nuevo. También se enfurecía. «Es decir..., ¿quién tenía derecho a aterrorizar a esa pobre chica?»

Pero en el transcurso de unos pocos días aquella misma chica que había estado tan triste comenzaba a sonreír. Y el temor de Shuya y su furia se desvanecían gradualmente hasta desaparecer también. Pero de todos modos permanecía aquella vaga desconfianza e impotencia que sentía hacia el Gobierno.

Así eran las cosas.

Y cuando Shuya empezó aquel año su tercer curso en el instituto, junto con otros compañeros de clase, dio por sentado que estaba a salvo. En realidad no tenían otra opción más que darlo por sentado.

Hasta ese momento.

—Esto no puede estar pasando...

Se oyó el ruido de una silla al caer cuando alguien se puso en pie. La voz era lo suficientemente chillona para hacer que Shuya intentara otear el pupitre que había más allá de Hiroki Sugimura. Era Kyoichi Motobuchi, el delegado masculino de la clase. Tenía el rostro más que pálido. Lo tenía casi gris, un surrealista contraste con sus gafas de

montura plateada, y recordaba una de aquellas serigrafías de Andy Warhol catalogadas en los libros de texto de arte como «el decadente arte de los imperialistas americanos».

Algunos de sus compañeros de clase tal vez estaban esperando que Kyoichi presentara alguna adecuada protesta bien argumentada. ¿De verdad había que matar a los amigos con los que habías estado saliendo por ahí hasta ayer? Imposible. Alguien estaba cometiendo un gravísimo error. «Oye, *dele*, ¿te importaría ocuparte de esto por nosotros?»

Pero Kyoichi los dejó colgados a todos.

—Mi... Mi padre es director de Asuntos Medioambientales en el Gobierno de la prefectura. ¿Cómo va a seleccionarse para el programa la clase en la que estoy yo?

Debido a sus temblores, su voz tensa sonaba incluso más histérica de lo habitual.

El hombre que decía llamarse Sakamochi sonrió e hizo un gesto paternalista con la cabeza, haciendo ondear su cabellera al viento.

—Veamos... Tú eres Kyoichi Motobuchi, ¿correcto?

Kyoichi asintió.

—Deberías saber lo que es la igualdad. Atiéndeme: todo el mundo nace igual. El trabajo de tu padre en el Gobierno de la prefectura no te otorga ningún derecho a privilegios especiales. No eres distinto a los demás. Escuchadme todos —dijo Sakamochi—. Todos vosotros tenéis historias y pasados distintos y personales. Desde luego, algunos de vosotros provenís de familias acaudaladas, otras de familias pobres. Pero circunstancias que están más allá de vuestro control, como las descritas, no deberían determinar lo que sois. Todos vosotros debéis ser conscientes de lo que sois por vuestros propios medios. Así que, Kyoichi, no pretendas convencernos de que eres alguien especial... ¡porque no lo eres!

Sakamochi le espetó aquello con un alarido tan repentino que Kyoichi se derrumbó en su silla. Sakamochi lo observó durante un rato con una mirada feroz, pero luego volvió a lucir su sardónica sonrisa.

—Vuestra clase será mencionada en las noticias matinales de hoy. Por supuesto, como el Programa tiene que llevarse a cabo en secreto, los detalles no se revelarán hasta que acabe el juego. Veamos ahora, ah, sí... Bien... —Bajó la mirada para consultar sus notas—. A vuestros padres ya se les ha notificado.

Todo el mundo parecía perdido y estupefacto. ¿Compañeros de clase destripándose unos a otros? Imposible.

—Aún no creéis que esto os pueda estar pasando a vosotros, ¿verdad?
Sakamochi se rascó la cabeza con aire de tener alguna duda. Luego se volvió hacia la puerta y exclamó:

—¡Eh, vosotros, muchachos! ¡Entrad!

La puerta se abrió inmediatamente y entraron tres hombres como un vendaval. Los tres vestían ropa de combate de camuflaje y botas militares, y traían bajo el brazo cascos metálicos con la insignia oficial. Era evidente que eran soldados de las Fuerzas Especiales de Defensa. Traían rifles de asalto colgando del hombro, y Shuya pudo ver pistolas automáticas enfundadas colgando de sus cinturones. Uno de los soldados era muy alto, llevaba el pelo peinado de un modo estrafalario y daba la impresión de ser un modernillo. Otro, de una estatura mediana, tenía una cara aniñada y bastante agraciada. El último venía sonriendo, pero quedó eclipsado por el carisma de los otros dos. Traían un saco de nailon, grande y grueso, que recordaba a las fundas de los sacos de dormir. En algunas partes del saco sobresalían bultos, como si estuviera lleno de piñas.

Sakamochi permaneció junto a la ventana, y los tres hombres colocaron en el atril el saco, que se quedó allí, a horcajadas. Parecía querer volcarse hacia el lado de las ventanas, y se quedó colgando, tal vez porque lo que tenía dentro no pesaba mucho.

Sakamochi anunció:

—Permitidme presentaros a estos hombres, que os ayudarán durante el Programa. Señor Tahara, señor Kondo y señor Nomura. Y ahora, ¿por qué no les muestran lo que hay ahí dentro?

El soldado del peinado modernillo, Tahara, se aproximó al atril desde el lado del pasillo, tiró de la cremallera y empujó la bolsa abierta. Una cosa empapada en rojo...

—¡Aaaaaaaah!

Antes de que se abriera por completo, una de las chicas de la primera fila chilló enloquecida. Inmediatamente la siguieron todas las demás. Como todos los pupitres y las sillas empezaron a entrechocar, otras voces gritaron:

—¿Qué es? ¿Qué es?

Y un coro de sopranos se elevó en el aire.

Shuya se quedó sin aliento.

Pudo ver en el interior de la bolsa medio abierta el cuerpo del maestro que estaba al cuidado de la clase de tercero B durante el viaje, el señor Masao Hayashida. Ahora ya era el que había sido su maestro. De hecho, ya era el que había sido conocido como señor Hayashida.

Su liviano traje gris azulado estaba empapado en sangre. Solo seguía en su cara la mitad de las grandísimas gafas negras que le habían valido el apodo de Libélula. Normal: únicamente le quedaba la mitad izquierda de su cabeza. Bajo un solo cristal, un globo ocular marmóreo y carmesí observaba con mirada ausente el techo. Una gelatina grisácea, lo que seguramente debían de haber sido sus sesos, colgaba sobre lo que le quedaba de pelo. Como si se alegrara de haberse liberado, el brazo izquierdo, todavía con el reloj, se había deslizado fuera del saco y colgaba por la parte anterior del atril. Solo los que estaban en la primera fila pudieron darse cuenta de que no tenía la otra mano.

—Bueno, bueno, bueno... Silencio, ya. —Sakamochi dio unas palmadas, pero los alaridos de las chicas no menguaban—. Callaos ya. ¡Silencio!

De repente, el soldado de cara aniñada que se llamaba Kondo sacó la pistola.

Shuya imaginó que haría un disparo de advertencia al techo pero, en vez de eso, el soldado agarró con una mano la bolsa que contenía al profesor Hayashida y tiró el saco al suelo. Agarró la cabellera y la levantó hasta la altura de su cara. Parecía el héroe de una peli de ciencia ficción enfrentándose a una larva gigante.

El soldado le metió dos tiros a la cabeza del señor Hayashida. Los restos salieron volando. Las potentes balas le arrancaron los sesos y los huesos: una masa informe salpicó todos los rostros y las pecheras de los estudiantes de la primera fila.

Los ecos del disparo aún resonaban. Era difícil descubrir cualquier rasgo del señor Hayashida en aquella cabeza.

El soldado arrastró el cuerpo a un lado del atril. Ya nadie gritaba.

QUEDAN 42 ESTUDIANTES

4

La mayoría de los estudiantes que estaban de pie regresaron tímidamente a sus asientos. El soldado sin carisma alguno arrastró la bolsa con los restos de Hayashida hasta un rincón del aula y luego regresó con los otros dos. Sakamochi volvió a su lugar tras el atril.

De nuevo, la clase se quedó en silencio, pero esto se rompió pronto cuando alguien empezó a hacer unos ruidos raros en la parte

de atrás y luego, tras unas nauseabundas arcadas, se oyó el húmedo chapoteo de un vómito salpicando todo el suelo. Shuya podía olerlo.

—Atentos todos. Como podéis ver, el señor Hayashida se opuso vehementemente al reclutamiento de su clase para el Programa —dijo Sakamochi, rascándose la cabeza—. Bueno, fue todo un poco repentino, lo lamentamos mucho pero...

La clase se hundió en el silencio. Ahora ya lo sabía todo el mundo. Era real. No había ningún error, no era ninguna broma. Iban a obligarlos a luchar y a matarse unos a otros.

Shuya intentó desesperadamente pensar con claridad. Aquella situación era tan irreal que aún estaba un poco aturdido. Su mente estaba atrapada en la visión del espantoso cadáver de Hayashida, el protagonista de aquel espectáculo de terror.

Tenían que escapar. Pero... ¿cómo? Bueno, vale..., lo primero era hablar con Yoshitoki..., con Shinji y Hiroki..., pero ¿cómo funcionaría el Programa en realidad? Los detalles nunca se habían hecho públicos. A los estudiantes se les entregaban armas para que se mataran entre ellos. Eso lo sabía todo el mundo. Pero ¿podían hablar unos con otros? ¿Cómo controlaba el Gobierno el juego?

—Yo... yo...

Alguien interrumpió las reflexiones de Shuya. Abrió los ojos y levantó la mirada.

Yoshitoki Kuninobu se había medio levantado y miraba a Sakamochi; su amigo parecía inseguro de si debía continuar. Parecía como si no pudiera controlar lo que decía. El cuerpo de Shuya se tensó. «¡No los provoques, Yoshitoki!»

—¿Sí? —preguntó Sakamochi—. ¿Qué pasa? Puedes preguntarme lo que sea.

Sakamochi ofreció una sonrisa amistosa, y Yoshitoki continuó como una marioneta:

—Yo... yo no tengo padres. Así que... ¿a quién se lo han dicho?

—Ajá —asintió Sakamochi—. Recuerdo que algunos de vosotros proveníais de instituciones de beneficencia. ¿Entonces eres tú Shuya Nanahara? Veamos... De acuerdo con el informe escolar, eres el único que tiene unas ideas un tanto peligrosas. Así...

—Shuya soy yo —dijo Shuya, interrumpiéndolo y elevando la voz. Sakamochi lo miró y luego volvió la vista hacia Yoshitoki. Todavía estupefacto y confuso, Yoshitoki se giró para mirar a Shuya.